

Anteojos negros de carey

Se sabe del carey que es extremadamente bonito, valioso y codiciado. Algo así como las ambientaciones de Martín Roig, maestro del espacio, un talentoso con las manos.

TEXTO: CARMEN GÚIRALDES | FOTOS: MAGALÍ SABERIAN



“P

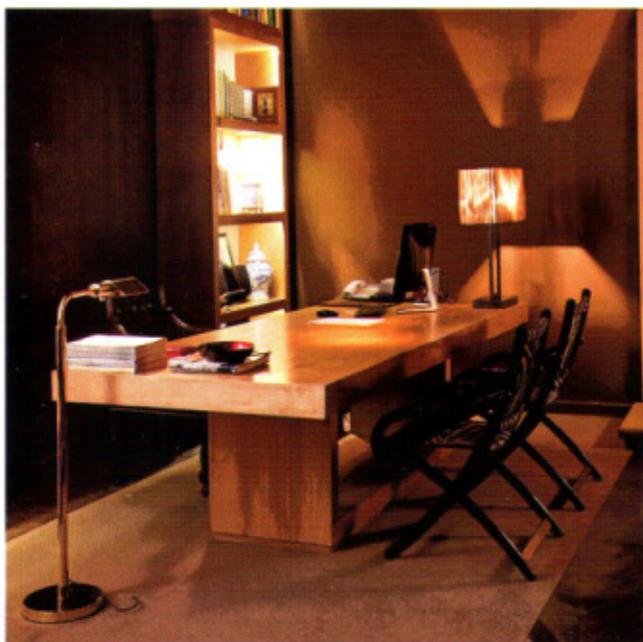
arece que todo está en la niñez”, dice Martín Roig mientras brindamos con el célebre Sgroppino en Pizza Piola de la calle Libertad. “Yo no me olvido más del día que vi cómo se abría el piso del escenario del teatro y subía la estatua del Comendador, entre humo blanco, a castigar a Don Giovanni... Mi abuela y mi tía abuela paternas eran adictas a la ópera. Tuvieron un palco en el Colón durante años, y ese era mi programa de chico: ir a ver ópera, conciertos, ballet. Me gustaba, sobre todo, la tramoya, los andamios detrás de escena, los técnicos subiendo y bajando...”

Martín Roig es el mejor ambientador de la Argentina. Alcance con decir que, para el Bicentenario, trabajó tanto en la reapertura del Colón como en la cena de gala de Casa Rosada. No es un detalle menor llevar la profesión hasta el punto de trascender esas camisetas. De ahí para abajo, numeremos a la reina Máxima y a todas las celebridades y fiestas más encumbradas del país.

TEATRAL, ESCÉNICO

“Mi oficio es la ambientación. No soy ni un *wedding planner* ni un decorador ni un florista. Porque la ambientación es algo bastante complejo, que implica mucho más que el florero: es el tratamiento del espacio.

Martín y su piano japonés; en la pared, una colcha china que cubría la cama de su abuela y que el entrevistado enmarcó para tenerla cerca. “Mi relación con Oriente es pasional.” En la segunda foto, con Alejandra Radano, performer de fama mundial, ensayando para un espectáculo conjunto en Villa Ocampo. Sobre el piano, una lámpara-bola-de-cristal de 1940, regalo de su amigo Gino Bogani.



“Son unos anteojos de Anne Klein que tienen muchos años. Los uso todo el día, todo el tiempo. Y me estresa mucho pensar en perderlos. (Ya tengo reposición, aunque no son tan lindos)”

Yo dirijo la puesta de todos los elementos que hacen a una fiesta (pistas, pantallas, muebles, cabina del DJ, luces, etc.). Recién después viene lo estético: si el espacio va a ir forrado de terciopelo negro, definir el color de la alfombra... Todo lo que pasa por el ojo del invitado pasó antes por los míos.”

Su oficina en la calle Melo es la base de operaciones. Un equipo chico (entre quienes se cuenta su hermano menor, Hernán, a quien le cede todo el mérito de haber transformado una sensibilidad estética en un negocio) arranca en los planos -de planta y de luces- y termina en la bella sincronía de las ideas de la marca. Martín Roig es, entre tantas otras originalidades, el sello detrás de las 40 bolas de espejo juntas, de las mesas rectangulares y redondas combinadas, de las pistas alargadas en vez de cuadradas, de las paredes enteladas de negro, de las luces como en un teatro.

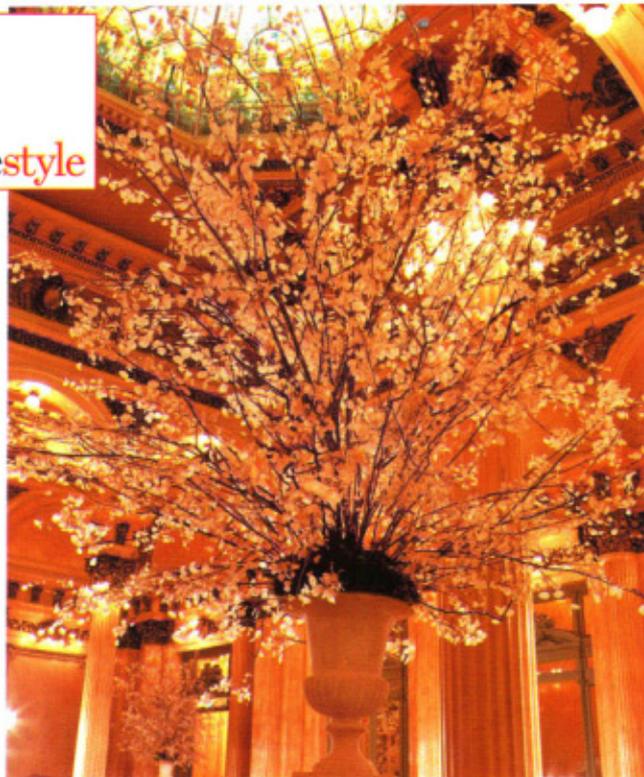
“Una fiesta es un espectáculo. El componente esencial es la expectativa del invitado, que va para pasarla bien y sorprenderse. Pero si en una fiesta se traban los tiempos, si hay una luz que te encandila o el mozo te choca cuando está sirviendo la mesa de al lado, algo falló. Hay gente que cree que puede hacer lo que yo hago porque fue a muchos eventos. Pero que vivas en una casa no te hace un arquitecto.”

ROMPER EL MOLDE

Es, quién lo diría, un fóbico social. “Yo hago las fiestas, no me gusta participar en ellas. Prefiero el *backstage* toda la vida; o el uno a uno. Otra cosa distinta es cuando tengo que hablar o tocar en público, porque mucha gente, al final, no es nadie.”

Martín toca el piano desde muy chico. “Cuando tenía 7 años, quise tomar clases de piano y mis viejos me llevaron al conservatorio Beethoven, de Pía Sebastiani. Tomé clases con ella y después con Fedora Aberastury, pero la figura esencial de mi formación musical fue Antonio De Raco. Inmediatamente me compraron un piano vertical; el de cola vino después, a los veintipico.” En su perfil serio es un concertista clásico, aunque también grabó un disco de tango a dos pianos con Fernanda Morello, y fue el piano del espectáculo *Canciones degeneradas*, con la

Vistas del estudio de Martín Roig. Sobre el sofá en donde entrevista a sus clientes, cuadro del argentino Horacio Blas Mazza. “Es el primer cuadro que me compré. Todavía me veo, caminando feliz con el cuadro bajo el brazo, cuando tenía 19 años. Me gusta porque es escenográfico y oscuro.” Escoltando el asiento, dos leonas de bronce que compró en una venta de muebles del Four Seasons. Un libro, *Japanese Style*, que lo marcó estéticamente, y un plato laqueado chino de herencia familiar.



talentísima cantante Alejandra Radano, con quien tocó en Villa Ocampo en julio.

También lo vi hablar frente a un auditorio de lectoras de LIVING sobre las casas en donde vivimos. En su perfil desenfadado, es el mejor comediante de *stand up* y provoca empatía y desenfado. De tan categórico que es, magnetiza.

“Soy cero solemne. En el fondo, todo lo que hago es mostrar cómo soy.”

Estudió en un tradicional colegio católico de varones y jugó “un poco” al rugby. Lo odiaba. Cuando terminó, entró a Medicina. “Trabajé en la morgue cortando cadáveres durante tres años.” Al mismo tiempo, daba clases de piano y ambientaba el primer casamiento de una amiga. Últimas actividades, estas, que acabaron sepultando los cadáveres de la primera.

LA RUTINA DE UN ORIGINAL

“Vivo en un edificio colonial frente al Botánico. Soy dormilón. Me despierto a las 10, salvo cuando voy al gimnasio: entonces me levanto a las 9 para ir al Megatlón de la calle Rodríguez Peña, que me gusta porque



“¿Qué merece un NO rotundo? Las fundas de las sillas. Las mesas redondas todas iguales. Los caminos sobre la mesa. La mala iluminación”

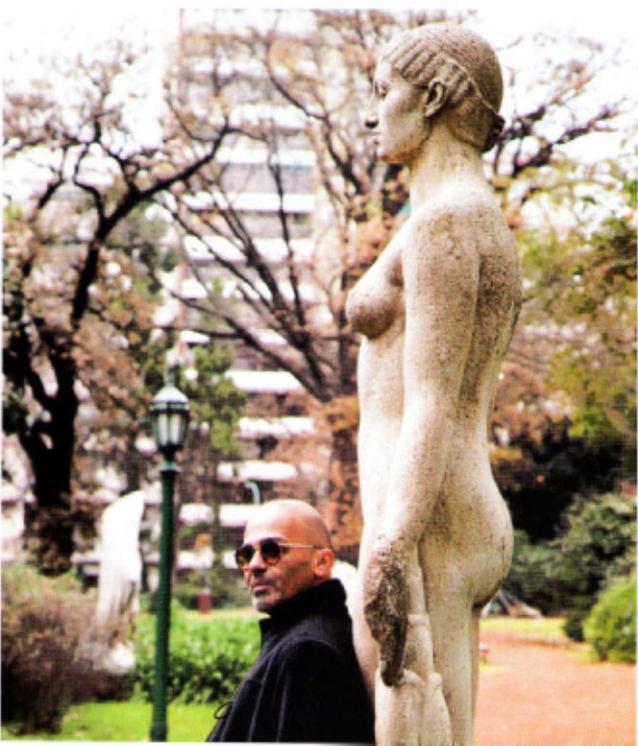
Tres ambientaciones marca Roig. Arriba, la reapertura del Teatro Colón en 2010. En el centro, un casamiento en el Tattersall de Palermo. Abajo, otro casamiento en la estancia Villa María. “Mi fuerte es lo social. Hacemos entre 42 y 45 eventos por año. En los comienzos, hacíamos como 300, pero, con la ayuda de mi hermano Hernán, fuimos encontrando el segmento donde nos instalamos. Creo que ayudé a profesionalizar el oficio, pero estoy convencido de que no alcanza con que crezca uno solo: es el mercado entero el que debe crecer.”



“De todo lo que tengo, estas leonas son lo más parecido a mí. Además, siento que me cuidan. Me gusta porque no son ostentosas: son de bronce, pero no brillan”

es antiguo. Después del gimnasio, desayuno en La Madelaine, un bar en Santa Fe y Rodríguez Peña: té con jugo de naranja y una medialuna de manteca. Voy a casa, me baño, me afeito la cabeza y me visto, siempre igual, sólo de negro. (No tengo mucha ropa de color: lo que pasa es que yo al negro lo veo colorido, le veo tonos). Soy fanático de los zapatos y las zapatillas, de la ropa usada y, cuando una prenda me gusta, puedo comprar tres de lo mismo. Nada de marca, nada especial.”

“Enseguida voy al estudio, donde recibo a mis clientes. Las entrevistas son conmigo, porque nadie vende mi trabajo como yo. Me importa que el cliente la pase bien, que disfrute ese momento. Al mediodía como en Piola



o en Edelweiss, acompañado o solo. Soy muy de comer solo. El menú, limitadísimo; me gustan cuatro cosas: las milanesas, la pizza, la mousse de chocolate y las pastas”, cierra Roig sobre sus pasos cotidianos. Ahora, en tren de vuelo, nos cuenta que ama los hoteles, las pensiones. Y las ciudades. “Nueva York es mi preferida. Jamás me vas a encontrar en St. Barth chapoteando entre las tortugas. Lo mío es la lluvia, el frío y la nieve.”

Así es Martín Roig. No me pidan remate porque no lo tengo. Es que, aunque pasamos juntos bastante rato, no logré encasillarlo.

(PD: Sé que a él le va a encantar este remate.)

Refugios y proyectos. Comiendo en Pizza Piola (“mi segundo hogar”), una cheesecake con salsa de maracuyá. El anillo es una calavera de azabaches. Abajo, en el Jardín Botánico (“un lugar que me hace bien”). El tapado en *animal print* es su primera experiencia en el diseño de indumentaria: “Diseñé un tapado, uno solo, y lo reproduje en 42 piezas de distintas telas. Los vendí entre mis clientas.”